

que en este siglo se entiende con bastante claridad si habla uno castizo ó gabacho.

GER.—Dale tú á ese Neanisco el jabón que le hace falta, que yo me siento fatigado.

GAM.—Mira, amigo, lo que te voy á decir. Aquel arrebatado turbión pasó por el siglo XVIII dejando las balsas llenas de cojijos, sabandijas y otras mil suciedades, pero vacías de agua sabrosa, pura, manantial. Pregunto ahora yo: ¿quién purificó las inmundicias?

GER.—Nadie, como el caso demandaba. Que dóse el agua tan sucia y asquerosa como antes. Cuando se la echan á pechos los de hoy, enco- gidos de hombros exclaman: así se estila.

GAM.—Si ello es así, como no podemos dudar, pues vémoslo á ojos vistas, manifiesta cosa es, Neanisco, que la lengua tan bárbara- mente la manejamos hoy como cuando estuvo á punto de muerte. Aun diría yo que más vi- llanamente la tratamos, siendo verdad que el lodo más infecto está en la balsa cuanto más tiempo dura en ella. No hablemos de los moja- tintas de hoy ni de los aprendices de prima tonsura, sino de los plumistas más encopeta- dos. Ya ves qué carga de elogios les echaron en- cima los acemileros de reata en el centenario presente, cuando soltaron ellos los raudales de su elocuencia en discursos, poesías y memo- rias. ¿Quién no celebra por castizos á los dis- cursistas? Tú bien lo ves, amigo; no me sacarás mentiroso. Mas, ¿qué raudales son los suyos?

¿de fuente cristalina ó de cenagal hediondo? Yo mismo prometo notar sus gabacherías, yo te demostraré que galiparlan, al paso que garlan, bien que pasen plaza de castizos; si los llaman así, será porque usan ciertos primores que huel- len á clásico decir, envueltos, con todo, en mil inmundicias hispano-galas, procedentes de aque- lla fétida laguna de las ranas arriba satirizadas por Forner. ¿Te basta lo dicho?

GER.—Le habrá de bastar, pues á otro pun- to nos llama el tema de la conversación. Mas antes quiero satisfacer á tu extrañeza. Pregún- tale al *Restaurador*, revista que amaneció en 1823, después de las tristísimas Cortes de Cá- diz, qué lamentaciones hizo, qué dolor mostró, qué sentimientos representó á vista de la gali- parla reinante. Pasa los ojos por aquellos ar- tículos mensuales, ninguno hallarás que se acuerde de restituir á su antiguo resplandor la apagada vida de la lengua; todo se les va á los *restauradores* en mirar por el gobierno abso- luto; en volver á florida prosperidad el trono real casi desvencijado por las astucias libera- lescas; en restaurar el castellano limpiando las inmundicias galicanas, en descargarle de las vi- lísimas impurezas jabonándole con fuerte lejía, ¿quién pensó, quién se desveló, quién se entre- tuvo? En hablar á la francesa se ocupaban to- dos, chicos y grandes.

NEAN.—Una consecuencia entiendo yo se puede sacar de lo narrado por v. m. en este



asunto. Si el segundo centenario no se consagró á la memoria de Cervantes, sino que estuvo á pique el *Quijote* de ser echado en el arcón para quedar cubierto por la losa del eterno olvido; si en vez de gloria recibió el *Quijote* ignominia, aun de los revisteros que no acertaron á mirar por la honra de la novela, pues no la pusieron en el alto punto que tenía merecido, como v. m. acaba de significar; si tantas manos se extendieron contra ella, por no dárselos á los escritores nada de la lengua castellana, tan magníficamente ennoblecida en la obra de Cervantes; siendo ello así, de todo será lícito sacar que el presente centenario habla muy alto á los entendimientos y corazones, conviene á saber, demuestra que la afición á la lengua española está en más auge el día de hoy que hace cien años; demuestra que florece el amor del romance, campeando cual nunca campeó; demuestra que un siglo amante del *Quijote*, amartelado del *Quijote*, encantado con el *Quijote*, como el presente lo está, no ha de descorazonar á nadie, antes nos ha de infundir nuevos bríos de halagüeñas esperanzas, como quien promete próspera fortuna para el castizo lenguaje, porque lo contrario sería crecer el amor como espuma, para deshacerse luego al soplo de una levísima y delicada marea.

GAM.—¿Adónde vas, gallardo mozo, subido en esos coturnos de períodos rodados? ¿Qué espíritu te empujó á desatar las corrientes re-

tóricas? Acabas de abrir con tanto acierto las fuentes cristalinas de la elocuencia, recreando nuestros oídos con los raudales del casto decir, cual nunca de tus inexpertos labios nos hubiéramos prometido.

